

EXTINCIÓN

El teléfono zumbó como un frenético abejorro prehistórico.

—Lidia, quedamos que nada de traer el móvil a la excavación, no es profesional.

—Qué más da, si estamos las dos solas en este secarral. Cuando hace tanto calor los profesionales, como tú dices, nos dejan el trabajo duro a las becarias.

Nerea alzó la vista de la vértebra fosilizada que estaba limpiando y señaló acusadora a su compañera con el pincel, pero el reproche se le quedó atascado en la garganta. Lidia maniobraba para enderezarse, desplegando sus bronceadas extremidades como una pantera para no pisar fuera de la zona delimitada. Luego caminó sin apenas perturbar la tierra roja como una diosa que flotara ingrávida, sorteando la rejilla de cordelitos blancos que parcelaban el área de la excavación. Nerea se secó el sudor con el pañuelo que llevaba al cuello y tragó saliva antes de contestar.

—¿Un secarral? Esto es un yacimiento auténtico. Estamos desenterrando el fósil de un dinosaurio, haciendo ciencia de verdad, nada de prácticas tontas como en la uni.

Lidia llegó al borde exterior de la zanja y sacó el teléfono de su mochila.

—¡Uf, sí! Ciencia de la buena. Lo que estamos haciendo es arrastrarnos por el suelo y torrarnos al sol, que tengo tierra roja de ésta metida por todos lados. Y sudor, mejor no te digo hasta dónde estoy de sudor.

—Cuando nos apuntamos a principio de curso te pareció buena idea. Las dos solas, aire libre, la excitación del trabajo de campo, ciencia de verdad, sexo bajo las estrellas...

Lidia tecleaba a toda velocidad en su teléfono, sin continuar la conversación. En algún momento alzó la vista de la pantalla y las miradas de las chicas se cruzaron. Nerea sintió un escalofrío y volvió su atención al trabajo, apartando tierra del enorme hueso con delicados gestos de pincel.

—¿Cómo se llamaba el bicho este? —preguntó Lidia sin dejar de teclear.

—No me lo puedo creer, después de todos los días que llevamos aquí. No te tomas nada en serio. Es un metriacantosáurido, un gran carnívoro, un depredador que se extinguió hace ciento y pico millones de años cuando cayó el meteorito, que murió, se fosilizó y que ha estado enterrado aquí todo este tiempo esperando para que tú y yo, Lidia y Nere, las dos juntas, podamos sacarlo a la luz.

Los movimientos del pincel de Nerea sobre la vértebra se volvieron más turbulentos, como el aire de julio, súbitamente electrificado.

—Quizá nos iría mejor si yo también fuera un fósil. Al menos me prestarías más atención y me acariciarías con el pincel, haciéndome cosquillas...

—¿Cómo dices? No hables por lo bajini que me pone de los nervios.

—Nada. Decía que si crees que el dinosaurio se dio cuenta. De lo del meteorito y todo eso. A lo mejor ella fue la última de su especie.

—¿Ella? ¿Por qué crees que es hembra?

—Cosas mías. Pero dime, ¿crees que lo vieron venir, se darían cuenta de que todo se acababa?

—Si fueran como tú seguro que se sacaban un selfie con el meteorito y lo subían a Instagram, para presumir con todo el mundo.

—¿Eso crees que haría yo? ¿Que me importaría más contarlo que tratar de hacer algo?

—¿Arreglarlo? Si tú no te darías cuenta de nada. Nunca te tomas nada en serio.

Lidia alzó la vista, haciendo visera con la mano para protegerse del sol inmisericorde. Nada perturbaba el azul aterrador del cielo, ni una nube, ni un pájaro, ni un mísero meteorito que lo hiciera todo más fácil.